

Tras las huellas de Fitzcarraldo

Si tuviera que escribir una biografía de Fitzcarraldo empezaría diciendo que fue un pobre sujeto al que los árboles no le dejaron ver la selva de Manú.

Durante siglos Manú permaneció oculto a la mirada codiciosa de los conquistadores, y los pocos que se aventuraron por sus selvas en busca de riqueza rápida, o se perdieron para siempre tragados por los mecanismos de autodefensa de la naturaleza, o salieron de ahí decepcionados e inventando toda clase de embustes.

Algunos aseguraron haberse enfrentado a ejércitos de sanguinarias amazonas, bellas y crueles mujeres que en las pausas guerreras retozaban sobre los troncos a las orillas de los ríos. Hoy sabemos que se referían a gigantescas nutrias, las mayores de su especie, que siguen reinando en las lagunas formadas por los ríos Manú y Madre de Dios.

Durante siglos Manú permaneció en el olvido, hasta que en 1896 Europa y los Estados Unidos decidieron que no había riqueza, progreso ni bienestar posibles sin la dúctil presencia del caucho. Ese mismo, el sujeto de marras, uno de los peores aventureros de todos los tiempos, el brutal e inescrupuloso Carlos Fitzcarraldo posó sus botas en las selvas de Manú.

Amante del *bell canto*, se movía cargando siempre una victrola y cientos de discos de carbón. Los indios machiguengas lo llamaron «el que trae las voces de los dioses» y admirados lo acogieron con ejemplar generosidad. De igual manera se comportaron los kogapakoris y los ashuar. La respuesta de Fitzcarraldo fue esclavizarlos para que recogieran las miles de gotas de latex que cada día correrían por las cicatrices abiertas a los árboles de caucho, mas lo único que corrió en abundancia fue la sangre de los habitantes amazónicos. Los cálculos más optimistas hablan de treinta mil indios muertos en un año. Aquel fue el primer gran encuentro de Manú con la civilización occidental y cristiana.

Un año más tarde y cuando Fitzcarraldo navegaba por el Urubamba, buscando un puerto que sirviera a la vez de terminal para el ferrocarril que ya había ordenado en Alemania, la selva se vengó y tragó para siempre al sanguinario aventurero.

Algunos sostienen que se fue hundiendo lentamente en una ciénaga, y que cuando sólo la cabeza sobresalía en la superficie empezó a cantar un aria, la primera en culminar entre un atroz gorgoteo de agua y hojas podridas. Otros aseguran que, extenuado luego de varias jornadas de navegación por el río Madre de Dios, se durmió y los nativos aprovecharon su ausencia onírica para saltar al agua y dejarlo a merced de la corriente.

Como quiera que haya sido, la muerte de Fitzcarraldo hizo que el mundo olvidara aquel lugar llamado Manú, que empieza en la parte más alta del cerro Tres Cruces, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y desde donde es posible asomarse a un abismo de nubes, a veces blanco, a veces gris, que hace pensar que debajo de ellas continúa el paisaje ocre de los Andes, pero basta con descender los primeros quinientos metros para asomarse al imperio del agua.

Hace frío arriba, mucho frío, aumentado por las persistentes y sorprendidas lluvias que, por una parte permiten el crecimiento de una vegetación rala, rica en líquenes, musgos, orquídeas inigualables, hierbas medicinales y un sinfín de vegetales de raíces fuertes que, por otra parte, hacen de filtro de los sedimentos y minerales arrastrados por los torrentes que forman las lluvias, los que bajan con su carga de nutrientes vitales para Manú y la Amazonia.

A veces, durante el descenso, una abertura en la capa de nubes deja ver fugazmente la presencia esmeralda de un lago o el vuelo de una bandada de *cuellos de serpiente*, una suerte de grulla palmípeda de plumaje negro azul y blanco, largo cuello gris y alargado pico amarillo. Entonces siento una dicha que no conoció el infeliz de Fitzcarraldo, la de saber que, de las nueve mil especies de aves que viven en el planeta, en Manú se concentran casi mil. Sin embargo esta

dicha es breve, pues de inmediato recuerdo que en la vieja y culta Europa, de las tres mil especies de aves contabilizadas a comienzos de siglo apenas quedan quinientas. Qué gran invitación para terminar con la absurda costumbre de la caza de fin de semana, de matar todo lo que vuela.

El descenso continúa. A dos mil metros persiste el frío y la humedad se apropia de la ropa. No es una bajada fácil; los aludes son constantes y basta con que las raíces de un arbusto cedan para que toneladas de lodo y sedimentos se deslicen monte abajo.

Desde el año 1987 en que la UNESCO declaró a Manú patrimonio de la humanidad, es posible volar desde Cuzco hasta la selva, pero el encanto del viaje está precisamente en las dificultades, y éstas son debidamente recompensadas porque, a cada metro que se baja, la vegetación cambia, aumenta el grosor de las especies, la variedad de las orquídeas, el aroma intenso y refrescante de flores desconocidas. Todo crece y va ocupando cada vez más extensión, como si la poderosa voluntad de la selva determinase que ni el más mínimo espacio se quede sin vida.

A medida que se baja aumenta la temperatura. Ya en el valle de Pilcopata, casi a nivel del mar y con las nubes por fin arriba, se respira el aire inconfundible de la Amazonia. Ahí empieza Manú, el millón seiscientas mil hectáreas —casi la extensión de Suiza— que conforman el último de los grandes jardines naturales, por ahora a salvo de la ambición destructora de las transnacionales del oro, la madera o el petróleo.

El sendero iniciado en Pilcopata termina en el caserío de Shintuya. Allí, luego de comer un buen trozo de *boca chica*, un delicioso pescado acompañado de salsa de coco, negocio con un machiguenga para que me lleve en canoa por el río Madre de Dios hasta su confluencia con el Manú.

Los machiguengas son generalmente trilingües; hablan su dialecto, el quechua que les sirve de lengua franca para comunicarse con otros pueblos amazónicos, y un español ceremonioso y rico en gerundios.

—No lloviendo, nosotros un lindo viaje haciendo —me dice mientras me acomodo en la quilla de la embarcación.